

Conversión de la normalidad en utopía

Por Esclavasombra

13 de marzo de 2020

Aquella tarde del día 13 de marzo de 2020, David abandonó la Facultad de Filosofía y Letras junto con el profesor Arnaiz conversando amigablemente sobre la última historia que ambos tenían en mente sacar a la luz en los próximos meses. David cursaba el último año de Filología Hispánica y había propuesto al profesor Arnaiz publicar una novela de ficción para culminar de esta manera su brillante paso por la facultad. Arnaiz, cercano como siempre con sus discentes, accedió y se prestó a colaborar redactando el epílogo de la obra.

Caía el sol mientras paseaban distendidos por la calle Deanes y viraron a la izquierda, donde ya se presenciaba imponente el alminar de la Mezquita-Catedral. Justo allí encontraron a un grupo de turistas con rasgos asiáticos que usaban lo que parecía ser una mascarilla quirúrgica, usadas habitualmente en centros médicos. Alumno y profesor sonrieron no sin cierta complejidad ante esa situación. Precisamente aquella mañana David reparó en la televisión de la cafetería de la facultad ante un titular del noticiario que captó su atención: *«un virus de origen desconocido causa estragos en la ciudad china de Wuhan»*.

David comentó la noticia al profesor y ambos concluyeron que el uso de mascarillas por aquellas personas podría deberse precisamente al exceso de responsabilidad propio de la sociedad asiática, caracterizada por su especial disciplina.

- Podríamos encauzar nuestra obra por ese camino- dijo Arnaiz con una media sonrisa que David no supo cómo interpretar.

- ¿Sobre la disciplina y valores asiáticos? Si bien ese estilo de vida parece una utopía para nuestra sociedad, me temo que no es ciencia ficción. Aquí tenemos una prueba de ello-. Soltaron una carcajada amigable y transcurrieron unos segundos en silencio.

- Me refiero a la noticia que viste esta mañana, David. Imaginemos que el virus del que me has hablado se expande sin control por todo el mundo, cambiando nuestros hábitos de vida, paralizando el transporte y ocasionando daños económicos irreversibles, desembocando en un nuevo orden mundial en el que la enfermedad azotaría a todos por igual, no sirviendo esta vez el dinero o el poder como protección. Un nuevo mundo caracterizado por la hostilidad, la escasez de recursos y el miedo al contagio – apuntó el docente con entusiasmo.

- Aunque ese proyecto encaja con el objetivo de narrar una historia ficticia, no estoy del todo seguro de que nuestra idea sea original. De hecho, creo que ya existen diversas series y películas que tratan sobre una pandemia global que muestra el lado más insolidario del ser humano-. David miró un tanto desilusionado a su profesor mientras éste desviaba su mirada hacia el frente.

- No te preocupes, David. Nadie hasta ahora lo va a contar como lo vas a hacer tú. Sé de tu habilidad narrativa y de tu exuberante capacidad imaginativa. Solo tienes que lanzarte a por ello-. Con un guiño y una leve palmada sobre el hombro de David, Arnaiz se despidió del joven, que quedó unos segundos paralizado antes de ponerse decididamente en marcha luciendo ahora sí un rostro convencido.

10 de octubre de 2020

Pasaron los meses y David ya tenía redactados los tres primeros capítulos de los catorce que compondrían su obra. Era sábado y había dedicado todo el día a repasar erratas de todo lo redactado hasta ese momento. Por la tarde había intentado contactar con el profesor Arnaiz, el cual le había hecho saber en reiteradas ocasiones su total disponibilidad para apoyarle en su obra. Sin embargo, sus cuatro llamadas no recibieron respuesta. La última vez que compartió opinión con Arnaiz fue tras una clase telemática, en el mes de mayo. Lo recuerda con agrado, pues Arnaiz maldecía constantemente a los aparatos electrónicos y anhelaba el regreso de la presencialidad en las aulas.

El contexto ahora era radicalmente distinto a aquel de marzo. Se sentía estúpido por esas risas ante aquellos turistas asiáticos por usar mascarilla. Ahora él debía usarla incluso en su habitación, de donde no podría salir hasta el viernes de la semana próxima. Le

habían enviado un SMS notificándole su positivo en el “virus que causaba estragos en Wuhan”. Recordaba aquel pasaje en la cafetería con amargura.

El domingo por la mañana volvió a llamar al teléfono del profesor Arnaiz. Descolgó la que dedujo sería su esposa.

- ¿Sí? – dijo una voz tenue.

- Buenos días... -titubeó David unos instantes-. ¿Podría hablar con José Arnaiz? Soy un alumno que está trabajando en un proyecto con él y agradecería poder hablar unos instantes con José.

La línea pareció cortarse, pero rápidamente una voz nueva, masculina, respondió.

-Hola, David, soy el hijo de José. Has hablado con mi madre, pero... Bueno, creo que le llevará un buen tiempo recuperarse. La semana pasada mi padre falleció por culpa del dichoso virus -dijo el hijo del profesor Arnaiz con un lenguaje un tanto coloquial que contrastaba trágicamente con el perfil docto e ilustre de su padre.

David se limitó a colgar y comenzó un llanto desconsolado. No olvidará jamás ese domingo. Tampoco olvidará el día siguiente en la facultad. Vacía e inhóspita. En la puerta de clase, apenas diez compañeros para rendir un breve homenaje al profesor Arnaiz. Las limitaciones para las reuniones no permitían más.

Volvió a sentirse nuevamente estúpido por menospreciar aquello que ahora le había arrebatado la vida a su gran amigo y profesor. En ese orden.

25 de febrero de 2021

David se encontraba colaborando ocasionalmente con un diario de Córdoba, donde había realizado hace no mucho sus prácticas curriculares. Estaban realmente satisfechos con su trabajo y predisposición, por lo que no tardó en hacerse con un puesto de trabajo que, si bien era a tiempo parcial, le permitía costearse en gran parte sus futuros estudios de posgrado en creación literaria.

Sus superiores le ofrecieron, habida cuenta su especial capacidad narrativa, publicar una breve novela de temática libre en colaboración con una editorial cordobesa. David, ilusionado ante esta nueva oportunidad, pensó que ya tendría el modo adecuado para dar a conocer su obra que estaba en marcha desde marzo del año anterior.

Sin embargo, tras días de reflexión en casa, David decidió empezar una nueva novela. Una historia que homenajeara al profesor Arnaiz y que pusiese en valor un estilo de vida que hoy en día nos parece tan lejano pero que no hace tanto tuvimos.

Una tarde decidió acudir a la biblioteca de su ya antigua Facultad de Filosofía y Letras. Estuvo pensando en el nuevo texto y, como tratando de simular el recorrido que hizo aquella tarde de marzo con el profesor Arnaiz, salió a la calle y se dirigió nuevamente hacia el alminar. Se sentó en uno de los escalones anejos a la torre y se dijo que escribiría la mayor novela de ciencia ficción jamás esperada. Escribiría sobre un mundo dominado por los abrazos, la solidaridad y lo humano.

En definitiva, se dijo que describiría aquel momento ficticio y utópico de una tarde de marzo de 2020 mientras paseaba con el profesor Arnaiz fantaseando con un mundo imaginario ahora convertido en realidad.